

El palacio sin puertas: Baltasar Gracián y el barroco

● ANA MARÍA MARTÍNEZ DE LA ESCALERA

Los trabajos de Baltasar Gracián han suscitado a lo largo de estos últimos trescientos años un número considerable de observaciones: descalificadoras unas, elogiosas otras, meramente justas las terceras. Entre las primeras se encuentran las de Unamuno. Al preocuparse por definir el espíritu castellano, la Generación del 98 prefirió también optar por las virtudes éticas de la literatura de su tierra. Cervantes fue escogido por motivos filantrópicos sobre Quevedo y el ingenioso hidalgo de la Mancha sobre el arte de ingenio de Gracián. Se consideró más conveniente reflexionar acerca de un “hombre de carne y hueso” (palabras de Unamuno), ejemplo de entereza moral, que hacerlo sobre un ejemplo de atención sobre el placer que proporciona la lingüisticidad y los procedimientos de pensar astuta y oportunamente. La elección revela un patrón de reflexión al que nos hemos ido habituando, una suerte de determinación ética, que reduce toda práctica humana a un supuesto meollo moral donde gobierna lo indudablemente humano, la voluntad en libertad. Muchos otros escritores y críticos comparten y festejan esta obcecación por la moralidad sin jamás examinar por qué se les presenta tan convincente y persuasiva. Una pizca de sano escepticismo siempre es saludable en materia de literatura y arte, debería rezar un proverbio que aun no ha sido escrito.

Jorge Luis Borges fue, entre aquellos que se sujetaron a la interpretación reductivista ética de la literatura, uno de los más bravos. Pese a ello su interés por la materia escrita lo emparentó con el ideal conceptista del placer del trabajo sobre la lengua. Como bien sabía

Aristóteles, el placer que nos proporciona el pensar en cómo reflexionamos puede ser breve, pero por lo general es consistente con lo que referimos como naturaleza humana.

En 1930 Borges atacó ferozmente la escritura y figura literaria del jesuita aragonés. Y, a finales de la década de los sesenta, ratificó su desprecio por una forma de redacción y reflexión cuidadosamente condensada que conduce al uso acertado y unívoco del concepto.

A los dos últimos decenios de nuestro siglo correspondió la renovación de las preocupaciones retóricas y sus pretensiones epistemológicas y sobre la filosofía práctica, y con ella varias reediciones de la *Agudeza y Arte de Ingenio* de Baltasar Gracián, rescatándola del exilio forzado al que los lectores profesionales la habían condenado.

Por último nos hemos dado cuenta de que la filosofía práctica en su modalidad ética ha tenido la culpa de que la forma habitual de leer literatura nos haya orientado preferentemente con lujo filantrópico hacia personajes que nos enseñan algo sobre nuestras propias vidas a condición de que su hechura placentera, retórica, se nos olvide. (Tal parece que la crítica literaria y teórica de los años sesenta, mal llamada estructuralista, no hubiera existido.) Aun antes de este último renacimiento de lo retórico, Bioy Casares, otro argentino célebre gran amigo y colega de Borges, expresó lo que sería la tercera opción interpretativa frente a la lectura de Gracián, a mi entender la más ajustada. En un exiguo artículo que dobla el título de la *Agudeza y arte de ingenio* del aragonés, el escritor sudamericano observa lo siguiente:

Bajo las retorcidas sentencias de la *Agudeza*, que analizan y comparan con ecuanimidad las protestas del amor divino y los requiebros del enamorado, hay como un fuego recóndito, una urbana y crítica pasión por la literatura y como un eco de eruditas conversaciones y de profundas bibliotecas.¹

Bioy acierta al observar que dos de las características del estilo barroco de Gracián son una la pasión por la crítica y la otra la conversación igualmente fiera y pasional donde la lengua fluye, vive y

¹ A. Bioy Casares, "Agudeza y arte de ingenio", en *La recóndita aventura*, p. 30

se reproduce. Es en la polémica argumentada, en el intercambio ordenado de pareceres, astuto y ágil, lo que en época de Gracián se llamaba "ingenio cortesano", donde el lenguaje tiene su mejor lugar y su mejor obra. La imagen del palacio al igual que la de la biblioteca (en nuestros días en las voces de Barthes, Foucault, Derrida, Eco y del mismo Bioy) son los espacios metafóricos y necesarios donde se reproduce y redistribuye la riqueza expresiva de la lengua española. Se trata en ambos casos de espacios de significación y de intercambio sin dimensiones, de espacios "paradojos", ambivalentes según opinión del jesuita Gracián. El refrán popular y el proverbio franquean la puerta a ambos dominios: uno íntimo, el otro tan público como el rumor. Los dichos y los saberes libresco se conectan en ambos espacios, unos por referencia a los otros, ordenados según las secuencias de las más recónditas pasiones del lector. En ambos, también, la conversación apuntala el edificio que siendo metáfora es por ende construcción de significados, sustitución que rige el intercambio verbal, invención permanente de opiniones. Pero la metáfora de la edificación tan usada por literatos y filósofos es aún hoy incógnita: prendió en Europa pero sin duda es musulmana y oriental.

La biblioteca es intertextualidad, la corte y el palacio son la transtextualidad. Ambos espacios imaginarios son complejos y paradójicos; ambos están sujetos a la discusión y ambos son también el lugar del último desencanto: no hay paraíso comunicativo o significativo que no pase por la discusión, el engaño, el uso espurio. No hay paraíso del lenguaje, y punto. El palacio sin puertas es la gran metáfora graciána de un lugar no geográfico sino imaginario, o más bien ingenioso.

El palacio sin puertas es el dominio de la opinión y el "común embeleco" que no tienen amo y que a todos por igual gobiernan. A él no puede entrarse a través de puertas ni ventanas sino mediante el recurso del "Esto se dice". Mundo tan bueno como perjudicial, donde si bien habita el Engaño, aguarda también el Desengaño, hijo de la Verdad. La verdad no es lo contrario del error o la mentira, sino madre del desencanto, mucho más amargo y final, decisivo y terminal que lo falso. La lengua, o más bien la significación, no es "edificación, sino desedificación de tanto pasajero", donde no se dis-

tingue “la frente del envés” ni se le puede hallar “entrada ni salida”; si no es posible meterse al palacio basta con entremeterse como Pedro por Huesca para estar adentro. El adentro y el afuera se relativizan, adquieren las dimensiones de la opinión y su intercambio exaltado. Así es el mundo de la opinión común, donde habita el hombre, que tanto alimenta como viste y persuade y convence; es donde también debe pasar sus días la verdad, y donde puede sobrevivirse a fuerza del descifrar y el discurrir, artes del desengaño. La lengua es un palacio estoico, conforme al afecto y no al efecto.

Baltasar Gracián es el primer autor en asimilar la herencia de Occidente a una espacialidad imaginaria, cortesana y palaciega, es decir pública y política; después de él se ha hecho referencia a bibliotecas para dar cuenta de la manera en que Occidente administra sus tradiciones. El palacio es no sólo el espacio que cobija los tesoros de la lengua, también es el propio mecanismo “encantado”, que cuenta con un “artificio del hacer correr la voz y pasar la palabra” [la cualidad pública de las lenguas] al decir de Gracián, de un modo de vivir de tramoya. Mecanismo o maquinaria oportuna y circunstancial, a la que las artes del descifrar y las del discurrir no logran penetrar. La sensibilidad extrema, la ironía y la desconfianza, compañeros del ingenio [agudeza] escéptico serán los únicos medios útiles para poder sobrevivir en el palacio. Habitar un palacio sin puertas es aguardar la muy frágil y efímera oportunidad de descifrar al descifrador, y a través del hijo llegar a la madre, que es la verdad.

Sólo nos queda aplicar la agudeza del ingenio que, sin salvarnos, podrá sin embargo hacernos gozar de los frutos del pensamiento que penden también de los árboles encantados del palacio sin puertas.

Diéronle muchas vueltas, sin poder distinguir la frente del envés (del embustero palacio); rodeáronle todo muchas veces, sin poderle hallar entrada ni salida./...—Pues tú has de entrar como Pedro por Huesca./—¡Eh!, que no veo puerta ni ventana./—No faltará alguna, que los que no pueden por las principales, entran por las excusadas./—Aún esas no descubro./—Alto, entra por la de los entremetidos, que son las más./...Y realmente fue así, que entraron allá con grande facilidad entremetiéndose. (B. Gracián, *El Criticón*.)